

# NOVELA



3







BLISTONE, John G.

# La Novela Fox

Publicación semanal de los argumentos  
de las películas de la marca «FOX»

Ediciones BISTAGNE : Pasaje Paz, 10 bis.

Barcelona

Tel. 18551

Año I

N.º 3

## Tenorios del mar

(SHARP SHOOTERS, 1928)

Deliciosa comedia interpretada por

Lois Moran, George O' Brien, Tom

Dugan, Noah Young, Gwen Lee,

William Demarest, etc...



SUPERPRODUCCIÓN FOX

Exclusiva de

Hispano Fox Films, S. A. E.

Valencia, 280 - Barcelona



## Tenorios del mar

### Argumento de la película

Tierra mora. Costumbres... "arábigas"... de las que se pegan pronto... Motivo de alegría para la marinería de guerra norteamericana, que acababa de arribar a aquel puerto del Mediterráneo, anclando en bahía.

Entre los apuestos mozos merecen especial mención tres inseparables "acorazados" dispuestos a atracar en cualquier puerto, a saber:

Jorge, cuya mucha cala y largo bordo dejaban hondas huellas en todo puerto que atracaba...

Jerónimo, que sólo atracaba donde hallaba puerto libre...

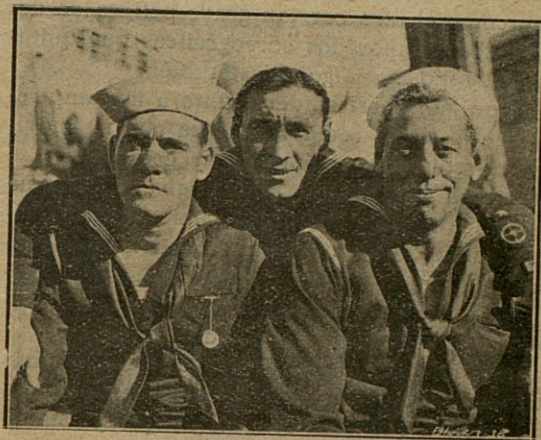
Y Tomás, cuya "coraza era tan gruesa" que en vez de atracar lo "atracaban".

Paseando por la ciudad, se detuvieron en una barraca y mercaron varias cosillas para llevárselas a sus familiares de su país, y entre otros objetos Jorge adquirió un frasco de perfume, diciéndoles a sus camaradas:

—Perfumaré con esto a mis amigas... Así po-

dré reconocerlas en la obscuridad.

Cerca de ellos un moro anunciaba batiendo el parche de un tamboril un espectáculo muy atractivo para los marineros:



...tres inseparables acorazados.

—¡Las mejores bailarinas del Oriente! ¡Un arco no es más flexible, ni "vibra" más un violín!

Jorge y sus dos compañeros se consultaron con la mirada y no vacilaron en acercarse al al tamborilero, quien los condujo al *cabaret* del que era anunciador.

Apenas en el interior del mismo, los simpáticos mozos vieron a varias espléndidas bailarinas contoneándose voluptuosamente, para



encender la sangre de los espectadores... y obligarles a no moverse y a hacer gasto.

Jorge conocía al dedillo a las sucesoras de Eva y sabía esquivarlas; pero Jerónimo y Tomás eran de otra pasta más sensible, y tanto el uno como el otro corrían grave peligro de dejarse seducir por dos coreográficas que quitaban el hipo... y algo más también.

Jerónimo, derritiéndose junto a la vampirisa que le hacía rodar la cabeza con su movimiento continuo abdominal "y compañía", se declaraba ya vencido y renunciaba en favor de ella a los regalos comprados para Norteamérica, cuando Jorge, observando a tiempo el juego de la mujer, le gritó:

—¡Eh, tú, chillado, a comer, que es más práctico que lo que estás haciendo!

Jerónimo se apartó de la bailarina, Tomás hizo lo propio con la que le estaba tentando, y fueron a reunirse con Jorge, que ya había escogido una mesa para comer.

—Yo seré el que pida — dijo Jorge —. Acaso nos den algo bueno, por casualidad.

El camarero le volvió por dos veces la carta, por leerla Jorge al revés, pues estaba redactada en francés, y éste señalando al azar uno de los platos, lo encargó para los tres.

Ya verían qué resultaba ser.

Mientras esperaban que les sirvieran lo pedido, los tres amigos no quitaban ojo de las bailarinas, y, a un tiempo mismo, se sorprendieron muy agradablemente al ver a una gen-

tilísima artista francesa, llamada Ivette, haciendo filigranas con los pies.

Ivette se fijó a su vez en los tres marineros, principalmente en Jorge, y su danza, desde aquel momento, fué más movida, más alegre, más entusiasta, arrebatando al público; y cuando, al mismo tiempo que las otras bailarinas, terminó el número, los aplausos, sinceros, unánimes, estrepitosos, de todos, sin excepción alguna, la obligaron a bisarlo.

Jorge y sus amigos fueron los que más batieron palmas en honor de la francesita, y el primero, al ver que el gerente del establecimiento le decía que fuese a sentarse a una mesa ocupada por dos viejos marinos, uno de los cuales, patrón de barco al parecer, la "necesitaba" a su lado, le hizo una seña para que aceptase sentarse a la suya, con él y sus camaradas.

Ivette, aunque complacida del interés que le demostraba el marinero, no aceptó su invitación, yendo a sentarse a la mesa del patrón de barco... con el decidido propósito de dar celos a Jorge.

Y lo logró, pues el "capricho de las damas" tenía el corazón en estado de ebullición desde que la viera.

El patrón de barco, acostumbrado a mandar a su manera, que no era fina, precisamente, se insinuó demasiado a lo vivo con Ivette, y viendo lo violenta que ella se hallaba con ese tipo vulgar y su compañero, Jorge levantóse y fué a ampararla... sin haber sido pe-



dida para nada su ayuda por la francesita.

El patrón de barco no le vió acercarse, y Jorge, dándole unos golpecitos en el hombro, le dijo:

—¡Quita de ahí, mastuerzo! ¡Déjame hacer!

Quería demostrarle cómo se conquista a una mujer, y ofreció el brazo a Ivette, que sonreía para sus adentros, encantada de que el adorable marinero se hubiese interesado tanto por ella.

Pero el patrón de barco quiso demostrarle a su vez cómo se disputa a una mujer, e hizo ademán de quitarse la americana para dar lugar a una exhibición de boxeo...

Jerónimo y Tomás acudieron presto a proteger al "acorazado" número uno, y subiéndose los pantalones con un gesto característico de los tres, como señal de estar dispuestos a lo que fuere, esperaron los acontecimientos.

El patrón de barco miró a su acompañante, para preguntarle si estaba resuelto a repartir puñetazos, y al recibir una contestación negativa desistió de presentar batalla y se resignó a ver partir a Ivette del brazo de Jorge.

Jerónimo y Tomás se apresuraron a ofrecer asiento en su mesa a la francesita, acomodándose a su lado, llenos de ilusión, y Jorge, viéndose completamente olvidado por sus compañeros, volvió a ofrecer el brazo a Ivette y se la llevó a otra mesa, dejando con un palmo de narices a aquéllos.

Mientras Jorge y la bailarina charlaban, entendiéndose perfectamente a pesar de hablar

distintos idiomas, el camarero depositaba sobre la mesa de Jerónimo y Tomás un imponente armatoste que soportaba un plato de metal tapado.

Jerónimo lo destapó y quedó tan perplejo como Tomás al ver que lo que contenía el imponente aparato eran judías.

—¡Mi abuela! ¡Para eso no hacía falta que nos moviésemos del barco!

Y volviendo a tapar el plato se cruzaron de brazos con desaliento.

Ivette y Jorge se habían puesto de acuerdo para ir a dar un paseo juntos.

—Voy a cambiarme de ropa y en seguida vuelvo—le dijo la monísima francesita, enamorada con toda su alma de él, y convencida, por los regalos que le había hecho, los cuales consistían en lo que comprara para Norteamérica; incluso el frasco de perfume, de que también Jorge la amaba.

Cuando Ivette hubo desaparecido hacia el camarín de las artistas, a las que mostró alegremente los regalos de su adorador, Jorge reunióse con sus amigos, prometiéndoselas muy felices con su nueva conquista...

—¡Hijos míos, os voy a dejar! La niña no quiere salir sola... y me parece que se merece que la acompañe... Mientras se viste, comeré un poco con vosotros.

—Come todo lo que quieras — le respondió Jerónimo, ofreciéndole el plato.

—¿Qué es? — inquirió, esperanzado, Jorge.



Levantó la tapa... y la volvió a dejar sobre el plato, pronunciando una palabrita que no figuraba en el diccionario.

¿Qué hacer? ¿Encargar otro plato? ¡No! Era mejor quedarse sin comer allí, pues se exponían a encargar otra vez judías.

Ivette reapareció en la sala, e iba a reunirse con Jorge, cuando el gerente, enojado con ella por haber desdénado hacer buen gasto con el patrón de barco, le cerró el paso y, mostrándole su reloj, le indicó que no podía marcharse antes de la hora hasta la que estaba obligada a permanecer en el *cabaret*.

Jorge y sus dos amigos se aproximaron a la francesita y al moro vestido a la europea, subiéndose los pantalones llamaron al orden al explotador.

Dándoselas de almirante, Jorge dijo a sus amigos, ofreciendo el brazo a Ivette:

—¡Levad anclas, y aprisita! ¡Voy a estar ocupado toda la semana!... ¡Y si la flota se impacienta, que se haga a la mar!

El gerente del *cabaret* comprendió que los norteamericanos no tenían los "remos" cortos y declaró francamente convencido, permitiendo a Ivette que saliera con Jorge antes de la hora.

Una vez fuera del *cabaret* Jorge mandó con

viento fresco a sus compañeros y perdióse por las calles con Ivette, ardiendo en desos de contarle un cuento a solas...

Ingenua, primorosa, la francesita, estrechando el brazo de Jorge, le miraba con adoración. ¡Era la primera vez que su corazón despertaba al amor!

—¿Adónde vamos? — inquirió el marinero que amaba a las mujeres al por mayor.

—Acompáñame primero a casa, para que pueda dejar en ella los regalos, y luego iremos a dar un paseo... ¿no te parece?

—Me parece muy bien que vayamos a tu casa...

Al llegar a la vivienda de Ivette, ésta le dejó en la escalera y subió a su piso; pero volviéndose apenas en el rellano del primer tramo, le confesó que le había sido muy simpático desde el primer momento y le permitió que fuese con ella a sus habitaciones.

—¡Magnífico! — pensó Jorge, que gustaba de la penumbra de los cuartos de sus amadas...

Pero la idea de Ivette no encerraba el menor asomo de pecado, sino el deseo de presentar a Jorge a su abuelito, un venerable anciano sin otro consuelo, en sus últimos años, que su nieta y el recuerdo de sus glorias guerreras.

Jorge no esperaba tropezar con ese inconveniente una vez en el hogar de la nueva conquistista, pero ganado por la nobleza que irra-



diaba el anciano le estrechó afectuosamente la mano.

Ivette, que no se cansaba de admirar a Jorge, dijo a su abuelito:

—¡Mi almirante Jorge ha traído consigo a toda su flota para visitarnos!

El héroe sonrió y en las miradas que dirigió al marinero “que las amaba a todas” había el ruego de que tratase a Ivette como su inocencia la hacía digna de ser tratada.

Un poco después, Jorge se llevó a la francesita y fueron a pasearse bajo la luz de la luna... hora romántica y peligrosa en la que cuanto diga un marinero debe olvidarse en seguida.

Ivette era inmensamente feliz. Su amor por Jorge era el rayo de sol que ansiaba desde su orfandad. ¡Le amaba hasta el delirio!

Pero Jorge no tomaba aquella aventura más en serio que las anteriores, y ducho en mentir, suspiró contemplando su buque en la bahía:

—¡Ojalá que esa cáscara de nuez no tuviera que separarme de ti! Pero podrías venir a Nueva York... ¡Qué éxito tendrías como bailarina!

—Me gustaría mucho ir, por estar contigo, Jorge.

El momento “fatal” había llegado para el tenorio. La paloma ya estaba “frita”. Sentóse con ella en un banco y abrazándola con afán de caricias le murmuró:

—¡Eres la muchacha más bonita que han visto mis ojos en esta travesía!

Y sus bocas se juntaron con frenesí, besando Ivette por vez primera los labios de un hombre con todo su corazón, en completa renuncia de sí misma por la felicidad del amado.

Jorge no tenía más que desear... Nada le sería negado... pero no pudo tratar a Ivette como a todas sus anteriores conquistas...

—Eres una buena muchachita... y eso no está bien — le dijo, separándola de él con suavidad.

—¿Cómo que no está bien, si vamos a casarnos? — repuso la francesita.

Era lo que había temido Jorge. Era preciso desilusionarla, pues él no estaba todavía loco para pensar en el matrimonio.

—¡Esa es la dificultad! ¡Imagínate! — le manifestó—. ¡Si un marinero fuera a casarse con todas las muchachas que le gustan, volvería a su tierra convertido en un sultán!

—Pero...

Sonó un cañonazo.

—¿Qué ocurre? — dijo Ivette, abrazándose a Jorge.

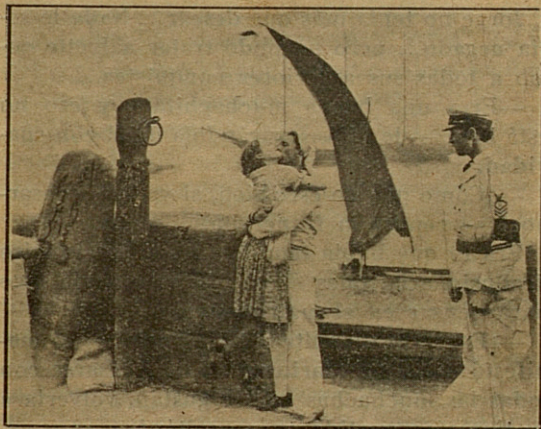
—¡Ya está ahí el aviso de rigor! ¡Se acabó la fiesta! ¡Tenemos que levar anclas en seguida!

Jerónimo y Tomás, que se hallaban en la ciudad, aburridos como ostras, se lanzaron a la busca de Jorge, por los lugares más desiertos, y consiguieron descubrirle de lejos.



La francesita lloraba sin consuelo, abrazada con todas sus fuerzas a Jorge, suplicándole que no la abandonase.

El marinero, con cierta emoción por la falta de costumbre, se esforzaba en calmarla.



*...y le retuvo entre sus brazos hasta el último momento...*

—Pero Ivette, ¡no tomes las cosas tan a pecho! Esto es de toda la vida.

—¡Sí, sí, Jorge, te lo prometo!... ¡Para toda la vida!

Tomás y Jerónimo contemplaban la escena, lamentando conmovidos tener que interrumpirla para que Jorge no se retrasara.

Ivette acompañó hasta el muelle a Jorge, y

le retuvo entre sus brazos hasta el último momento, no soltándole hasta que un marinero del servicio de policía obligó al tenorio a embarcar en la lancha donde le estaban esperando sus compañeros para regresar al barco.

A pesar suyo Jorge estaba emocionado, pareciéndole sentir amor por aquella criatura que había llegado a amarle tanto en tan poco tiempo de conocimiento, y desde la lancha, que se alejó rápidamente apenas él embarcó en ella, le gritó, deseándolo en aquellos momentos sinceramente:

—¡Hasta pronto, hasta pronto! ¡Te veré en Nueva York!

—¡Sí, sí! ¡Jorge! ¡Mi Jorge! — sollozó ella, muriéndose de dolor.

Jerónimo y Tomás observaron a Jorge, preguntándole sin palabras qué nueva hazaña había cometido con la infeliz francesita, y él les dijo, alegrándose de no haber abusado de su candor:

—¡Pobre muchacha! Creo que ha interpretado mal mis intenciones... ¡y por poco caigo yo también!



He aquí ahora a nuestros amigos en Nueva York... y con licencia.

Jorge, que siempre tenía compromisos, se detuvo, como le vimos ya hacerlo en Marruecos, ante un vendedor ambulante, y mercó un par



de ligas... femeninas muy vistosas.

—¿Para quién son? — preguntóle Tomás, ruborizándose tan sólo de mirarlas... al pensar en lo que ellas verían...

—Para ti, no, por supuesto...

Siguieron andando, y, de súbito, Jorge, separándose de sus compañeros, fué recto al encuentro de una llamativa joven... florista de oficio... Flora de nombre, y muy amiga de fiestas.

Como estaba distraída, Jorge le tapó los ojos con las manos y al descubrirsele sonó un beso.

—¿Tú?

—¡Yo, amor mío! Y para que veas que te aprecio, toma.

—¿Qué es esto? ¡Oh! ¡Unas ligas!

—Te las traigo desde Europa... y te aseguro que no se las ha puesto nadie.

—¿No me engañas?

—¡Palabra! Mira la goma. No puede estar más tirante... Pero te las regalo con una condición...

—¿Cuál?

—Te las he de poner yo...

—¿Aquí?

—Una vez agachado nadie me verá.

—Bueno... pero date prisa.

Jorge arrodillóse y...

Le puso las ligas, sí, pero se le desvió, al parecer, la mano, y Flora le dió un bofetón.

—¡Atrevido!

—¡Si que te asustas por poco, tesoro!

Tomás, contemplando a la pareja, parecía un bobo, y Jerónimo... también, porque, al incorporarse, Jorge había pegado sus labios a los de Flora y nada hacía presumir el final del beso.

—¡Eh, Jorge! — le gritó Tomás, nervioso—. ¿Qué hacemos? ¿No vienes?

—¡Estoy ocupado, compañeros de mi vida! Ya nos veremos.

Y para que no le molestasen, cerró la ventana del puesto de la florista... sin darse cuenta de que no había visillos en los cristales, por lo que a través de éstos se veía lo mismo que abierta.

¡Qué hombre era aquel Jorge!

¡Cómo le envidiaban!



Entre los que emigraban a Nueva York, Ivette se lanzó en busca de la vida, de la felicidad... y de Jorge, sin el que no podía vivir.

Pero al llegar a destino no pudo desembarcar como los demás emigrantes, por no poder presentar sus papeles, que había perdido durante el viaje.

El agente de inmigración le dijo:

—Si no encuentra usted sus papeles, tendrá que volverse a su país.

—¡Pero, señor, yo tengo aquí a alguien que está deseando verme como yo a él!

—Sin papeles no puedo autorizarla a desembarcar, señorita.



—¡Dios mío! ¿Qué dirá mi Jorge cuando se entere de que no me dejan ir a reunirme con él?

Sus lamentos fueron baldíos. El agente cumplía su obligación con toda fidelidad.

Y cuando la noche se cernió sobre el barco, Ivette se encontraba sola sobre cubierta, esperando que decidieran de ella.

Pero he aquí que, como una inspiración providencial, Ivette vió saltar al barco, desde una corta escalerilla suspendida sobre el mar desde la borda, a un marinero, que regresaba, sin duda, de un corto permiso.

¿Por qué, aprovechando la soledad en que se hallaba, no utilizar la escalerilla salvadora, que la conduciría a una barca de remos, destinada al transporte de la tripulación del buque a tierra y de tierra al buque?

Sus ansias de reunirse con Jorge le dieron ánimos, y sin vacilaciones de ninguna clase cogió su maleta de viaje y la arrojó desde cubierta a la ligera embarcación que besaba el costado del barco; y luego descendió por la escalerilla, encontrándose seguidamente en la barca, a la cual separó presto del vapor, remando como mejor supo y lo más de prisa que pudo.

Una gasolinera dirigiase también hacia el puerto, conduciendo, además de varios asalariados, a Murdock, "El Pirata", contrabandista de licores y propietario de un *cabaret* de mala nota en los muelles, donde expendía fá-

cilmente y en cantidad el producto de su contrabando.

El que guiaba la gasolinera no era buen piloto, y como por otra parte Ivette no remaba con maestría, ocurrió que aquélla abordó la barca, partiéndola en dos y poniendo en grave peligro a su ocupante, que no era buena nadadora.

Afortunadamente, Murdock y su gente recogieron con toda urgencia a la francesita y la depositaron en la gasolinera, con su maleta, de la que ella no se olvidó a pesar del ligero desmayo que sufría por efecto del susto.

Murdock le preguntó, sorprendido de que viajase sola en una barquichuela:

—¿Qué demonios hacía usted en ese bote?

Ivette le refirió la verdad, para moverle a compasión...

—...Y querían hacerme regresar a mi país... Por eso he huído del barco sin que nadie se haya dado cuenta... para buscar a mi Jorge...

—¿De dónde viene usted, ha dicho, y qué hacía en donde estaba?

—Bailaba en un *cabaret* de Marruecos, señor... Allí conocí a mi Jorge...

Murdock sonrió. Artista de *cabaret* y bonita, le interesaba protegerla... Y le respondió, amablemente:

—Yo me encargaré de todo y podrá usted ganarse la vida honradamente... bailando en mi *cabaret*.

—¡Bailar! ¡Sí, sí! ¡Acepto, señor! ¡Donde



hay muchachas que bailen, no falta mi Jorge!

El *cabaret* de Murdock era un lugar concurridísimo por gente de todos los países, principalmente por gente de mar, siempre nueva y siempre amiga de diversiones...

Había en él muchas mujeres encargadas de bailar con los clientes mediante el pago por éstos de un ticket, sobre el importe de los cuales tenían una comisión; y la mayoría se ganaba un sueldo más que regular.

Ivette fué recibida por la clientela con agrado, y la linda francesita no cesaba de bailar, produciendo buen interés a la casa.

Pero ella no se preocupaba del dinero que ganaba, sino de buscar a Jorge, y para ello preguntaba por él a todos los marineros que se le ponían a tiro.

Todos le contestaban negativamente, porque había muchos Jorge marineros.

Desalentada, al cabo de unos días de infructuosas pesquisas, Ivette dijo a Murdock, al que consideraba un noble amigo que la había ayudado desinteresadamente cuando tanto necesitaba del apoyo de alguien:

—¡Qué desgraciada soy! ¡No encuentro a mi Jorge por ninguna parte!

Murdock fingió compadecerse de ella y le respondió:

—No se preocupe, mujer... Algún día vendrá... Quién sabe si ahora está navegando por el Artico... El marinero no es hombre de tierra... Vamos, tenga usted un poco de pacien-

cia... no piense tanto en ese Jorge... y anime-se usted un poco bailando...

Un cómplice de Murdock, que se hallaba junto a éste cuando hablaba con Ivette, estuvo examinando a la francesita con mucha atención, agradablemente sorprendido de su belleza. Mas Murdock le advirtió cuando Ivette volvió al baile:

—No pongas los ojos en esa muchacha... Es más decente de lo que tú crees y si viene aquí es sólo por encontrar a su novio.

Lo que se guardaba de decir Murdock era que él destinaba a Ivette para su uso particular.

La esperanza de volver a encontrar a Jorge ayudaba a vivir a la francesita, y su fe iba a tener al fin la recompensa que se merecía, pues Jorge, con Jerónimo y Tomás, fué aquel día al *cabaret* de Murdock.

Los tres "acorazados" tenían muchos amigos en todas partes, y allí encontraron, entre otros, a un viejo marino, muy partidario de la canción "La copa del olvido", por lo de "Mozo, traiga otra copa..."

Jorge le dió un "cariñoso" golpe en la espalda, que por poco tumba al marino, y exclamó, jovial como siempre:

—¡Hola, capitán! ¿Cómo va? ¡No le habíamos visto en muchos años!

—¡Pues es verdad! —dijo, por su lado, Jerónimo, hundiéndole la gorra hasta los ojos.

—Bueno, bueno, calma, niños, calma... que



hay cariños que matan... ¿Queréis beber?

—Si es usted tan amable — respondióle Tomás.

—Pues sentaos por ahí, que aun hay mesas vacías.

—¡Qué gracioso, pero qué graciosísimo es el capi!

—¿El qué?

—El capitán, guasón.

Jorge había ido al *cabaret* en compañía de Flora, que solía acudir al mismo para ganarse algún dólar como bailarina disponible. Ya se ha dicho bastante para comprender que la niña era de cuidado, y a nadie extrañará saber que conocía mucho a Murdock, hacia el que se sentía desde un tiempo a aquella parte inclinada por sus muchas ganancias.

Preocupándose de lo que Murdock hacia llegó a enterarse de que "estaba" por la nueva bailarina, la francesita, y le cobró a ésta un odio feroz.

Mientras Jerónimo y Tomás contemplaban como los demás se divertían, Jorge y Flora bailaban con gusto, atraídos el uno al otro por su mismo afán de aventuras.

Ivette también bailaba, y varias veces chocó con él, y él con ella, de espaldas, sin verse ni de lado...

Jerónimo tenía delante de sí a una bailarina de la casa que no cesaba de mirarle. De-

bía estarle suplicando que la sacase a bailar, pero él, no reconociéndola, no se decidía, hasta que al mirarle las piernas se dió una palmada en la frente, le ofreció el brazo y se dirigieron a la pista, diciéndole, desahuciándose en excusas:

—He reconocido la pierna, pero la cara no la recordaba.

También Tomás encontró pareja, pero este "acorazado" tenía tan mala pata con las mujeres, que apenas se halló con ella en la pista... cesó la música, perdiéndose el ticket y con él el derecho a un baile, ya que se obligaba a las parejas a abandonar la pista y era preciso la presentación de otro ticket para bailar el siguiente baile.

Jerónimo y Tomás miraron súbitamente, a una, hacia un mismo punto, y este punto, que no era sino Ivette, se arrojó en sus brazos, besándoles loca de alegría, y les dijo:

—¡Tomás! ¡Jerónimo! ¿Dónde está mi Jorge? ¡Lo he estado buscando con alma y vida!

—Mírele usted.

Jorge estaba a escasa distancia de ella, pero no la había visto aún, por estar hablando apasionadamente con Flora, que conocía todos los resortes de la tentación.

Sin importarle el lugar... ni nada, Ivette dió un grito de felicidad y se abrazó a Jorge, exclamando:



—¡Jorge! ¡Jorge! Ahora soy feliz porque nos casaremos!

El tardó un poco en reconocerla, y cuando lo hizo palideció. ¡La loca! ¿Es que creía que se iba a casar con ella? ¡El no le habló nunca de casorio!

Flora tuvo ocasión para desatar su furia.

—¡Suelta a mi novio, estúpida!

—¡Es el mío!

—¡Qué risa!

Jorge vió que las dos mujeres se pegarian a cual más, y convencido de que Ivette era un peligro para él, por lo crédula que resultaba ser, la apartó enérgicamente, diciéndole, para complacer a Flora:

—No la he visto a usted en mi vida. Su amigo debe ser otro que se parece a mí. ¡Y lárguese antes de que mi novia le arranque la melena!

Ivette rompió a llorar ante aquel terrible desengaño. ¿Para eso lo había sacrificado todo?

Tomás era un buen muchacho. La actitud de Jorge con la francesita le sacó de tino, y le gritó:

—¡Jorge, eres un mal sujeto!... ¡Debías hablar claro a esa muchacha!

—¿Y por qué me va siguiendo? ¡Nada tiene que recriminarme! — contestó Jorge, malhumorado.

Y como la música tocaba un nuevo baile, se apartó con Flora de Ivette y sus amigos, y

ya en la pista se puso a bailar..... y a disculparse con Flora, que tenía mucho genio.

Ivette, hecho trizas su corazón, se aisló en un rincón, donde, sentándose ante una mesa vacía, rompió a llorar convulsamente.

Jerónimo y Tomás, compadecidos de su gran dolor, se le reunieron para consolarla.



—Jorge está tan ansioso por casarse.

—Vamos, vamos... no lo tome usted así, Ivette... Nuestro amigo es inconstante...

—¡Oh! Jorge me dijo... que era cosa de toda la vida... y ahora ya no me quiere...

—Cálmese... Jorge fué siempre bueno, y haremos que lo siga siendo.



Ivette seguía llorando, y Tomás dijo a Jerónimo, decidido a protegerla:

—Jorge es amigo nuestro, pero debemos hacer algo por esta pobre chica.

—Estoy de acuerdo, Tomás... Ivette le ama como nunca ninguna mujer le amará, y a Jorge esa francesita le gusta mucho, pero ahora esa sirena, esa Flora de los demonios, le tiene sorbido el seso.

Se levantaron de la mesa, cambiaron algunas frases apartados de Ivette y como consecuencia de las mismas fueron al encuentro del capitán del barco con quien bromearan cuando entraron en el *cabaret*.

—Oiga capitán — le dijeron —, usted tiene autoridad para casar en alta mar, ¿no es cierto?

—¡Claro que sí! ¡Y menudo predicador que soy a bordo de mi barco!

—Entonces, ¿quiere usted alquilarnos su barco por unas horas? Es una sorpresa que le reservamos a un amigo.

—¡De mil amores, muchachos!

Animados Jerónimo y Tomás volvieron al lado de Ivette y le dijeron:

—Jorge está tan ansioso por casarse, que apenas si podemos contenerlo.

—¿Qué dicen ustedes? ¿Es posible?

—Nada más cierto, Ivette. Nos consta que está preparando la boda a marchas forzadas. Hay que arreglar primero algunas cosas, pero todo se andará. Pero se casarán ustedes en un

barco, pues él, como buen marino, exige esta condición, a la cual suponemos no se opondrá usted, ¿verdad?

—¡Yo me casaré con él donde sea!

—No se mueva usted de aquí... Luego vendremos a buscarla.

Y aquel mismo día, tres millas mar adentro, mientras Ivette, vestida con un *toilette* muy en consonancia con su finura y su modestia, esperaba el momento de reunirse con Jorge, para ser su mujercita, éste hacía frente a Jerónimo, Tomás y al mismo capitán del barco, con los puños, resistiéndose a darles palabra de que se casaría en seguida con la francesita.

Tomás pudo, tras no pocos esfuerzos, pues Jorge era un león, derribarlo y sentarse sobre él, diciéndole entonces:

—Vamos, ¿te casarás con ella, animal?

Jerónimo añadió, jadeante:

—¡Anda, Jorge, ríndete, porque ya no puedo más!

Y, acorralado, Jorge se declaró vencido.

—¡Bien, me casaré con ella!... ¡Pero os aseguro que va a costarle caro!

Ivette fué conducida a presencia del tenorio por los dos amigos, con el corazón riente, pero al ver a Jorge tan serio, tan hostil, entristeció.

¿Qué le sucedía a su amado? ¿Por qué se casaba con ella a la fuerza?

Las miradas de Jerónimo y Tomás la esti-



mularon, y como, además, ella le amaba tanto, no quiso ver en la expresión de Jorge ningún reproche, sino amor, mucho amor... ¡Ella le amaría tanto que él no podría menos de amarla!

El capitán, sin saber las palabras que pronunciaba, pues no daba pie con bola, resintiéndose aún de los golpes recibidos, casó a la pareja, y una vez consumada su obra, Jerónimo y Tomás condujeron a tierra al joven matrimonio, acompañándole hasta la casa que los tres amigos habían ocupado siempre y que ahora sólo ocuparía Jorge con su mujercita.

En todo el camino Jorge no dirigió la palabra a Ivette, decidido a que se arrepintiese pronto de haber querido casarse con él, y la gentil esposita sufría en silencio, asiéndose a una esperanza de mujer buena e ilusionada...

Al hallarse junto a la puerta del pisito, los amigos dijeron a Ivette que se quedase fuera unos momentos, para darles tiempo de quitar estorbos, y una vez dentro se apresuraron a hacer de censores artísticos, quitando de los muros los cuadros que los adornaban y que no eran de imágenes religiosas, precisamente...

Cada cual lió su petate y salieron del pisito, entregándoselo a Ivette con sus mejores deseos de felicidad eterna con Jorge.

Desde la puerta, al punto de desaparecer, Jerónimo y Tomás le indicaron que se acer-

case a Jorge, que se hallaba sentado en la mesa del comedor entregado con visible mal humor a profundas meditaciones, y le besase, para desarrugarle el ceño.

Ella obedeció cuando los buenos amigos cerraron la puerta, instalándose junto a la misma para evitar cualquier intento de rebeldía... y dijo a Jorge, cariciosa:

—Seré una buena esposa, Jorge... para hacerte feliz...

Por toda respuesta, Jorge se levantó de la mesa y abrió la puerta del pisito para marcharse, pero los centinelas le mostraron los puños y no tuvo más remedio que volverla a cerrar.

En aquel momento llegó Flora. La recibieron los amigos del tenorio.

—¿Está Jorge en casa?

—Jorge se casó accidentalmente... y el oncenno es no estorbar.

—¡Pues deben haberlo cazado a la fuerza, porque el pájaro era difícil de cazar! — exclamó Flora, muy nerviosa, tan nerviosa que la hubiese emprendido a golpes con los dos amigos... si éstos no le inspirasen tanto temor.

Jerónimo le respondió:

—¡Sí que hubo que emplear la fuerza! ¡Y habrá que emplearla también en su luna de miel!

Jorge oyó estas palabras, pues entreabrió ligeramente la puerta al oír la voz de Flora,



que iba subiendo de tono, y comprendió que allí estarían montando lá guardia toda la noche sus amigos.

Flora marchóse hecha una furia, devorando con los ojos a los dos marineros que se habían nombrado a sí mismos defensores de la francesita, y Jorge, enojado, descargó su mal humor en Ivette, diciéndole:

—¡Tantos deseos como tenías de casarte! ¡Ahora ya puedes empezar a arrepentirte!

—Yo te querré siempre, Jorge... aunque tú no me quieras... Tú eres el único hombre a quien he besado...

—Déjame en paz... Vete a dormir... y mañana ya hablaremos...

Ivette se acostó humildemente... pero durante toda la noche estuvo esperando a su amado... y éste entró de pronto en su habitación, acercándose a su cama con sigilo.

¡Qué emoción, Señor, la de la gentil esposa! ¡Su amor atraía al amor!

Jorge se arrodilló ante ella, que fingió dormir, y permaneció unos momentos en muda contemplación, pero marchóse después, causando su indiferencia una nueva amargura a Ivette...

¡No la quería! ¡Se resistía a quererla!

\* \* \*

Flora, para vengarse, dijo a Murdock:

—¡Jorge y tu francesita están viviendo juntos en las habitaciones del marinero!

Y Murdock, que codiciaba a Ivette, sentenció:

—¡Yo la meteré en cintura!

El nuevo amanecer sorprendió a Jorge con mucho apetito, que se le desarrolló todavía más al acariciar sus narices el olorcillo clásico de un sabroso bifeec que Ivette le estaba guisando en la cocina.

Un adagio dice: "Si quieres contentar a tu marido, dale una buena comida", y Jorge, sólo con el anuncio del almuerzo se congratia con Ivette, pero ella se negó a la reconciliación que con bromitas él le proponía apostado detrás de la puerta de la cocina, deseosa de hacerle rabiarse un poco, para que comprendiese en su infimo grado lo que ella había sufrido durante toda la noche con su desdén.

Jerónimo y Tomás se despertaron también con apetito, y aplicando el oído a la cerradura de la puerta del pisito, dijo Jerónimo:

—Deben haberse entendido, porque le oigo comer...

—Pues dejémosles, y vamos a tomar algo por ahí... Ya volveremos luego... — dijo Tomás.

En aquel momento, Jorge pedía más café a Ivette, alargándole el brazo con la taza por detrás de la puerta de la cocina, y ella, más dispuesta a perdonar, le echó un chorrito de café sobre la mano, y Jorge, ahogando un



grito de rabia, rompió de nuevo las hostilidades con ella.

Extrañada de ello, Ivette se echó sobre una mano un poco de café y comprobó sus sospechas: ¡el café hervía!

Pero el mal ya estaba hecho, aunque no lo quiso hacer, y antes de que pudiera darle a entender cuánto lo sentía, Jorge le dijo, disponiéndose a marchar:

—¡La cena, a las seis! ¡Biftec con cebolla frita!

—¡Está bien! — contestó en el mismo tono Ivette, cuando en realidad ardía en deseos de besarle.

Apenas en la calle, Jorge vió a Flora y se le reunió.

Jerónimo y Tomás, que regresaban de almorzar, vieron a su amigo con Flora, e iban a reunirsele y a apartarle de la peligrosa mujer, cuando tres individuos se detuvieron junto a la casa de Ivette y hablaron de ésta, ante lo cual aquéllos no se movieron de allí, para escuchar lo que dijese.

Uno de los hombres era Murdock, quien después de dar ciertas instrucciones a sus dos cómplices subió al piso de Ivette.

Jorge le vió, y mientras, discretamente, Jerónimo y Tomás vigilaban a los cómplices de Murdock, fué tras el contrabandista, para que no molestase a su esposa.

—¿Cómo es posible que te hayas casado con ese grumete sin decirme nada, después de to-

do cuanto he hecho por ti? — le decía el contrabandista a Ivette, cuando Jorge entraba en el piso.

—Y a usted, ¿qué le importa, imbécil? — le respondió, por su esposa, Jorge.

—Yo...

No pudo hablar. Jorge le agarró por la cruz de los pantalones y lo arrojó a la calle.

Ivette esperaba con impaciencia el regreso de su Jorge, de su marido adorado. Se asomó a la ventana y toda su alegría se transformó en dolor al sorprenderle hablando con Flora, a la que él decía:

—¡Me he casado con Ivette y seré su apoyo!

Pero la francesita supuso todo lo contrario y, en un arranque de celos, decidió abandonarle; y le dejó la siguiente carta:

*Jorge:*

*Murdock es mi único amigo... Me voy con él... Si quieres biftec, prepáratelo tú mismo.*  
*Ivette.*

Jorge volvió a su casa a las seis y la lectura de esa carta le sulfuró. ¿Por qué había hecho eso su mujer? ¿Por qué volvía con Murdock? Los celos hicieron presa en él y salió a la calle, encaminándose rápidamente al *cabaret*, sin mirar a nadie, obsesionado por una idea.

Eso era muy mala señal. Jerónimo y Tomás le vieron y fueron tras él, sin distraerle, pues le conocían, y a continuación de ellos le siguieron otros y otros y otros marineros, hasta formar una verdadera legión.



En el *cabaret* el honor de Ivette, que se había ofrecido como bailarina a Murdock, creyendo que era inútil esperar que Jorge la amase, corría peligro a solas con el dueño, pues éste quería besarla a la fuerza, y gracias a la llegada de los marineros pudo ser librada del villano por su propio esposo, después de una lucha épica entre marineros y amigos del contrabandista, en la que tuvo que intervenir la policía.

Jerónimo y Tomás hicieron buen trabajo, ofreciendo a la policía a numerosos cómplices de Murdock, a los que fueron derribados a botellazos en el sótano del *cabaret*, que comunicaba con el mar.

Jorge se encargó de dar su merecido a Murdock, y reunido con Ivette le prometió ser tan buen marido como ella prometiérale ser buena esposa, la besó como nunca había besado a ninguna mujer; y le dijo, levantándola como una muñeca:

—¡Y ahora a nuestro biftec con cebolla frita!

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA

Sociedad General Española de Librería

Barbará, 16 BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1 duplicado - MADRID



[B.]